



EL BARCO  
DE VAPOR

# Los seis libros de oro

Carlo Frabetti

Ilustraciones  
de Teresa Martínez



sm





EL BARCO  
DE VAPOR

# Los seis libros de oro

Carlo Frabetti

Ilustraciones de Teresa Martínez



Primera edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Xohana Bastida  
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Carlo Frabetti, 2017  
© de las ilustraciones: Teresa Martínez, 2017  
© Ediciones SM, 2017  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

**ATENCIÓN AL CLIENTE**

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-9193-4  
Depósito legal: M-6862-2017  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Eva,  
que me sacó del pozo  
y me metió en este libro.*



# ● 1

## BRUNO

VERA VIVÍA CON SU ABUELO en una de las casas más antiguas del pueblo, cerca del bosque. Sus padres habían muerto cuando ella tenía seis años, y desde entonces había dejado de relacionarse con otras niñas y niños. Se sentía sola y anhelaba compartir cosas con los demás; pero al observarlos jugar en el patio o abrazarse a sus madres a la salida del colegio, era como si un cristal la separara del resto. Sin embargo, Vera pensaba que era muy afortunada al tener a su abuelo, que se preocupaba por ella sin agobiarla y parecía poseer un sexto sentido para saber cuándo necesitaba uno de esos abrazos que solo terminan cuando no puedes aguantar más la respiración.

Una tarde de verano, recién empezadas las vacaciones, fue a dar un paseo y, cuando quiso darse cuenta, se había adentrado en la espesura más de lo habitual. Vera no era miedosa, pero le había prometido a su abuelo que nunca se aventuraría sola fuera

de los senderos conocidos, y como además ya era casi la hora de merendar y estaba hambrienta, se dio la vuelta con intención de regresar a su casa.

Pero en ese momento oyó un aullido lastimero que la hizo detenerse en seco. La niña sabía que por allí no había lobos, y sin embargo... Un segundo aullido, aún más prolongado, la sacó de su estupor, y sin pensárselo dos veces corrió hacia el lugar del que procedía el sonido.

Al llegar a un claro del bosque, vio a un enorme perro negro con una de las patas delanteras aprisionada por un cepo de hierro, una típica trampa para zorros. Parecía un pastor alemán, aunque Vera nunca había visto uno tan grande y tan negro como aquel.



El pobre animal se debatía sin cesar, tratando en vano de liberar su pata, y al ver a la niña lanzó un nuevo aullido de desesperación.

–No tengas miedo –dijo Vera acercándose cautelosamente al perro, que se estuvo muy quieto, como si supiera que iban a liberarlo.

No sin dificultad, la niña logró abrir el cepo, y el perro, con un gemido de alivio, retiró su maltrecha pata, en la que se veían las marcas sanguinolentas de los dientes del cepo. Vera vendó como mejor pudo la herida con su pañuelo, y se dio cuenta de que el perro estaba muy delgado.

–Pobrecito, debes de llevar varios días sin comer –dijo acariciando la cabeza del animal, que se había



tumbado exhausto en el suelo—. Espérame aquí y te traeré algo.

Vera volvió corriendo a su casa con intención de pedirle ayuda a su abuelo; pero el anciano estaba dormido en el porche, sentado en la mecedora, y no quiso despertarlo. Fue a la cocina, cogió el bocadillo que el abuelo le había preparado para merendar, lo metió en una bolsa junto con una botella llena de agua, un cuenco, una venda y un tubo de pomada antibiótica, y regresó junto al perro, que seguía inmóvil en la misma posición en que lo había dejado, como si las fuerzas lo hubieran abandonado.

—¡No te mueras! —exclamó la niña.

El perro se incorporó levemente; parecía apático y desganado, pero cuando Vera puso a su alcance el cuenco lleno de agua, bebió con avidez, y luego devoró el bocadillo en un santiamén. Tras ponerle pomada en la herida y vendarle cuidadosamente la pata, la niña le dijo acariciándole la negra cabeza:

—Ahora descansa; mañana te traeré más comida.

Al día siguiente, Vera se levantó muy temprano, sacó unas monedas de la hucha, llenó de agua la botella, fue al colmado del pueblo a comprar pienso para perros y volvió al bosque. Había decidido no decirle nada a su abuelo de momento, para no preocuparlo. Si el anciano se encariñaba con el animal

y luego este moría, se llevaría un gran disgusto, y su corazón no estaba para sobresaltos.

El perro no se había movido del sitio, pero parecía más animado. Al ver a la niña, se levantó jadeando y meneó el rabo con excitación. Vera le dio de beber y luego llenó el cuenco de pienso. El animal lo devoró con avidez y volvió a tumbarse en el suelo, sobre la fresca hierba.

–Pobrecito, aún estás muy débil –dijo la niña–. Debes de haberlo pasado muy mal... ¿Te has escapado? ¿Cómo es que no llevas collar? No pareces un perro callejero... Te llamaré Bruno, que significa «moreno». Nunca había visto un pastor alemán con el pelo tan negro... Aún no le he dicho al abuelo que te he encontrado; pero cuando puedas andar, te llevaré a casa, y seguro que deja que te quedes con nosotros. Te llevaría en brazos si pudiera, pero eres demasiado grande.

Durante los días siguientes, Vera fue a ver a Bruno todas las mañanas, y a veces también por la tarde, para llevarle comida y cambiarle la venda. El animal se reponía rápidamente, aunque seguía estando muy delgado, como si hubiera pasado mucho tiempo sin comer.

–Dentro de poco podrás andar, Bruno –le dijo Vera al cabo de una semana–. Podrás venir a casa, y ya ve-

rás qué contento se pone el abuelo. Va a ser una sorpresa estupenda.

Pero la sorpresa se la llevó ella a la mañana siguiente al llegar al claro del bosque. Bruno había desaparecido.

Durante todo el día, Vera recorrió los alrededores del claro buscando al perro, llamándolo a gritos hasta quedarse afónica, adentrándose en la espesura más allá de lo que aconsejaba la prudencia; pero no había ni rastro de Bruno.

Cuando, al anochecer, la niña volvía a su casa agotada y con lágrimas en los ojos, le pareció oír un aullido lejano. A pesar del cansancio, encontró fuerzas para echar a correr, con el corazón acelerado, en la dirección de la que procedía el sonido, y al cabo de unos minutos llegó al último lugar al que habría querido ir en aquel momento, con el sol a punto de ponerse: la Mansión de las Rosas. A pesar de su poético nombre, era un caserón sombrío, con el jardín, antaño cuajado de floridos rosales, convertido en una densa maraña de matorrales y hierbajos. Estaba a más de un kilómetro del pueblo, en las estribaciones del bosque, y la gente evitaba pasar por allí.

Por un momento, Vera sintió el impulso de darse la vuelta e irse corriendo de aquel siniestro lugar, sobre el que circulaban rumores muy inquietantes; pero allí, tras la verja del jardín, estaba el perro, que al ver a la niña empezó a ladrar alegremente.

–¡Bruno!–exclamó Vera corriendo hacia la verja.

A través de los gruesos barrotes de hierro, la niña acarició la cabeza del animal, que meneó la cola alegremente.

–¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha encerrado aquí, Bruno? No te preocupes, yo te soltaré.

La cancela que daba acceso al jardín no estaba cerrada con llave; Vera tuvo que empujarla con todas sus fuerzas para que girara sobre sus herrumbrosos goznes, pero al final consiguió abrirla lo suficiente como para que Bruno pudiera salir del asilvestrado jardín.

El abuelo, que entendía bastante de perros, dijo al ver a Bruno:

–Creo que es un pastor alsaciano, y parece de pura raza. Aunque no sabía que pudieran ser tan grandes. Parece el lobo de Caperucita.

–¿Puede quedarse con nosotros, abu? –preguntó Vera con voz expectante.

–Claro, cielo, si nadie lo reclama...

Tras darle de comer a Bruno y cambiarle la venda, Vera puso una manta vieja doblada junto a su cama y le dijo al perro:

–Duerme aquí a mi lado, así cuidaremos el uno del otro.

Dócilmente, el animal se tumbó sobre la manta y cerró los ojos. Agotada pero muy contenta, Vera se

acostó y al cabo de unos minutos se quedó profundamente dormida.

Pero su sueño no duró mucho. La despertó un gruñido sordo.

—¿Qué te pasa, Bruno? ¿Te duele la pata? —preguntó Vera medio dormida.

Buscó a tientas el interruptor de la luz y la encendió con un extraño presentimiento. El perro había desaparecido.



## ● 2

### ROBINSON CRUSOE

VERA NO PUDO VOLVER A DORMIR en toda la noche. Al amanecer, salió de casa sigilosamente para no despertar a su abuelo y se dirigió a la Mansión de las Rosas.

La cancela del jardín seguía abierta, tal como ella la había dejado el día anterior, y en el oscuro caserón no había ningún signo de actividad. Pero la niña estaba segura de que Bruno tenía que estar por allí. Rodeó la casa en busca de algún indicio, y de pronto le llamó la atención una estrecha ventana enrejada a ras de suelo que parecía dar a un sótano. Se arrodilló junto al ventanuco, pero al otro lado solo se veía oscuridad.

—¿Buscas algo? —tronó tras ella una voz amenazadora.

Vera se volvió sobresaltada y vio ante ella a un hombre alto y delgado, de unos sesenta años, vestido de negro y completamente calvo, que la miraba con expresión severa. O, más que severa, terrorífica.

–Busco a... un perro –logró balbucear la niña.

–¿Un perro grande y negro que más bien parece un lobo? –preguntó el hombre calvo manteniendo sus ojos centelleantes clavados en la niña.

Ella asintió con la cabeza, y entonces el hombre soltó una desapacible carcajada.

–Qué casualidad –dijo sin dejar de reír–, a mí me han robado un perro así.

–¡Yo no lo he robado! –exclamó Vera, aterrorizada por la mirada acusadora del siniestro personaje–. Lo encontré en el bosque atrapado en un cepo y lo llevé a mi casa para curarlo.

–Y para quedártelo.

–Un perro no es una cosa que alguien se queda en propiedad. Solo le di la oportunidad de quedarse conmigo si quería.

–Vaya, qué mocosa tan redicha... «Un perro no es una cosa que alguien se queda en propiedad» –la imitó el hombre con voz burlesca–. ¿Te gustaría volver a verlo?

–Sí, me gustaría mucho.

–¿Sabes leer?

–Claro. Tengo doce años... y medio.

–No te pregunto si sabes que la b con la a hace ba, sino si puedes leer un libro enterándote de lo que dice.

–Creo que sí. He leído bastantes libros.

–Los libros nunca son bastantes, mocosa... Vamos a ver si sabes escuchar a los muertos. Sígueme.

El hombre se dio la vuelta y echó a andar. Por un momento, Vera sintió el impulso de salir corriendo; pero si aquel siniestro personaje hubiera querido hacerle daño, la habría agarrado cuando la tenía a su merced. Y además quería volver a ver a Bruno. De modo que siguió al hombre calvo hasta la puerta delantera de la mansión y, tras cruzar un oscuro vestíbulo, llegó a una biblioteca cuyas estanterías de madera, que llegaban hasta el techo, estaban atestadas de gruesos volúmenes. En un rincón, una herrumbrosa armadura con los guanteletes apoyados en un imponente mandoble parecía estar custodiando los libros.

El hombre se arrellanó en un sillón de orejas que había junto a una gran ventana, y dijo:

–¿Ves ese estante de la parte inferior, a la izquierda?

–¿El que está medio vacío, con el borde dorado?

–preguntó Vera.

–El que está medio lleno –replicó él–. Medio lleno de oro puro, por cierto... Agarra un libro del estante dorado y siéntate cerca de mí.

–¿Qué libro?

–El que tú quieras. Sorpréndeme.

En el estante había cinco libros, todos ellos muy famosos: el *Quijote*, la *Divina Comedia*, *Gargantúa*, el *Fausto* de Goethe y *Robinson Crusoe*. Vera eligió el último, que era el único que había leído. O eso creía ella.

Con el libro en las manos, se sentó en un taburete que había junto a la ventana, cerca del sillón de orejas.

–¿Por qué has escogido ese? –preguntó el hombre.

–Porque es el único que he leído –contestó la niña–, aparte de algunos trozos del *Quijote*.

–Crees haberlo leído –replicó él con una mueca despectiva–, pero seguro que solo has leído una de esas versiones reducidas para niños.

–Supongo que sí –tuvo que admitir Vera–. El que yo leí no era tan gordo.

–Pues aprovecha. Gracias a mí, vas a conocer la versión original... Vamos, empieza a leer en voz alta, ¿a qué esperas?

La niña abrió el libro por el principio y, tras contemplar durante unos segundos la sugerente ilustración a toda página que había antes del primer capítulo, empezó a leer:

*Nací en 1632, en la ciudad de York, en el seno de una familia acomodada, aunque no de la región, pues mi padre era un forastero procedente de Brema que, inicialmente, se asentó en Hull. Allí logró amasar una considerable fortuna como comerciante, y luego abandonó sus negocios y se fue a vivir a York, donde se casó con mi madre, que pertenecía a la familia Robinson, una de las mejores familias del condado, de la cual obtuve mi nombre, Robinson Kreutznaer. Pero, por una de esas alteraciones de las palabras tan frecuentes en Inglaterra, ahora nos*



*llaman Crusoe, y nosotros también nos llamamos así y así escribimos nuestro nombre; y así me han llamado siempre mis compañeros.*

*Tenía dos hermanos mayores; uno de ellos fue coronel en un regimiento de la infantería inglesa en Flandes, que antes había estado bajo el mando del famoso coronel Lockhart, y murió luchando contra los españoles en la batalla de Dunkerque. Lo que fue de mi segundo hermano, nunca lo he sabido, del mismo modo que mis padres tampoco supieron lo que fue de mí. Como yo era el tercer hijo y no me había formado en ningún oficio, desde muy pequeño me pasaba la vida divagando. Mi padre, que era ya muy anciano, me había dado una buena educación, tan buena como puede ser la educación en casa y en las escuelas rurales gratuitas, y su intención era que estudiara leyes. Pero a mí nada me atraía tanto como el mar...*

–Es cierto, sabes leer –la interrumpió el hombre calvo con afectada sorpresa–. Que es escuchar con los ojos a los muertos, como decía Quevedo. Vuelve a dejar al señor Crusoe en el estante dorado con mucho cuidado, junto a los demás libros de oro, espera cinco minutos y luego sal al jardín, donde podrás perder el tiempo tontamente jugando con el chucho.

–¿Me dejará volver mañana? –preguntó Vera haciendo acopio de valor–. Puedo seguir leyendo para usted, si quiere.

–De acuerdo –contestó él tras una pausa–. Pero mañana, en vez de leer, me contarás el libro.

–Pero yo...

–¿No dices que lo has leído?

–Sí, pero...

–No hay pero que valga. Si hay pero, no hay perro.

Y riéndose a carcajadas de su propio chiste, el hombre calvo se levantó del sillón con una agilidad impropia de su edad y salió de la biblioteca.

Vera esperó unos minutos y luego fue al vestíbulo, desde donde, por una puerta acristalada, se accedía al jardín. Y allí estaba Bruno, que al verla corrió a su encuentro alegremente, aunque renqueando un poco con la pata vendada.

Tras jugar un rato con el perro y cambiarle la venda sucia por una nueva que llevaba en el bolsillo, Vera volvió corriendo a su casa, pues no quería que su abuelo se preocupara.

